

viendo la porfía de ella, amenazóla diciendo que él no le daría penitencia de sus pecados, ni la absolución, y que así condenada la enviaría a Lucifer y al infierno, por lo cual ella, por temor de la maldición del clérigo, o porque el tiempo de las castañas y del vino nuevo era venido, de todo lo cual era bien fornido el preste, perdió la querrela que con él tenía, y reconciliándose hubieron gran fiesta en uno. Y el señor preste, por enmendar lo del tabardo, guarneció de cuero su pandero y púsole dos sonajas, de lo cual ella fue contenta.»

Acabada la novela de Pánfilo, de la cual tanto se rieron las damas, la reina encomendó a Elisa que continuase, y ella, riendo todavía, comenzó:

«Yo no sé, plácientes damas, si conseguiré, con la novela que a contar me dispongo, haceros tanto reír como ha hecho Pánfilo, pero en ello me esforzaré.»

## NOVELA TERCERA

DE CÓMO CALANDRINO, BRUNO Y BUFALMACO ANDUVIERON  
BUSCANDO LA PIEDRA «HELITROPIA», Y DE LO QUE  
A CALANDRINO ACONTECIÓ

«En nuestra ciudad, en la que siempre han abundado cosas extrañas y gentes nuevas, hubo no mucho tiempo ha, un pintor llamado Calandrino, hombre simple y de singulares costumbres, el cual pasaba la mayor parte de su tiempo en compañía de otros dos pintores, llamados, uno de ellos, Bruno, y el otro Bufalmaco, muy amigos de chancearse, aunque cuerdos y sagaces, los cuales con Calandrino solían ir porque sus modales y su simpleza les procuraban a menudo gran solaz.

Había entonces, asimismo, en Florencia un hombre mozo que maravilloso gracejo mostraba en cuanto hacer quería, astuto y garboso, llamado Maso del Sagio, el cual habiendo oído alguna vez de la simpleza de Calandrino, se propuso divertirse a costa de su modo de ser, haciendo de él alguna burla, o haciéndole creer alguna cosa nueva que verdad no fuese.

Y acaeció que un día, por caso de aventura, le halló en la iglesia de San Juan, y viéndolo atento mirando las pinturas y tallas del retablo que estaba sobre el altar de aquella iglesia (que no hacía mucho que allí lo habían puesto), pensó de dar lugar y tiempo a su intención, y habiendo informado de lo que quería hacer a un compañero suyo, juntamente se llegaron allá donde Calandrino estaba solo mirando, y fingiendo no verle, comenzaron el uno con el otro a hablar de las virtudes de las diversas piedras, de las cuales Maso tan eficazmente hablaba como si fuese un gran lapidario. Y Calandrino, prestando oído a aquellas razones que oía, se levantó, y viendo que los otros no hablaban en secreto, juntóse con ellos, de lo que mucho plujo a Maso, el cual, prosiguiendo en lo que hablaba, fue por Calandrino preguntado acerca de dónde se hallaban aquellas piedras de tanta virtud que decía él.

Y Maso le respondió que las más de ellas se hallaban en Berlínzón, en tierra de los vascos, en una comarca que se llamaba Bien-tegoces, en la cual atan las cepas con longanizas y dan, asimismo, un ánsar por un dinero, con un ánade por añadura, y en la cual hay una montaña toda ella de queso parmesano rallado, sobre la cual habitaba cierta gente que no hacía otra cosa que macarrones y raviolos, y cocerlos en caldo de capones, y después los lanzaban abajo, y quien más podía apañar de ellos había mejor parte; y cerca

UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE CS. FÍSICAS Y MATEMÁTICAS  
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

---

## APUNTE

# “DECAMERON”

Boccaccio

Curso : EH27C-03, Ciencias Sociales

Profesor: Andrés Monares

se quedó, y Rinuccio, entrando en la sepultura y creyendo tomar el cuerpo de Deguelladiós, tomó a Alejandro por los pies y tirólo afuera, y cargando con él partiósse de allí y fue a casa de la dama. Y andando sin parar, le aconteció que muchas veces golpease aquel cuerpo que trata a cuestras contra las esquinas y los salientes de las casas, porque tan oscura era la noche que él no podía ver bien adónde ponía los pies. Y siendo ya Rinuccio venido a la puerta de la dama, la cual, con su criada se había puesto a la ventana para ver si él vendría llevando a cuestras a Alejandro (aunque ya decidida estuviere a apartar de sí a los dos), avino que un servidor de la señoría apostado por prender a un forajido, sintiendo las fuertes pisadas que daba Rinuccio, encendiendo una linterna por ver lo que hacía, y tomando su escudo y su lanza, gritó:

«¿Quién va?»

Conociendo Rinuccio quién fuese aquel que le gritaba, sin esperar más dejó caer en tierra a Alejandro, y comenzó a correr tan aprisa como sus piernas se lo consintieron. Y aquél, levantándose prontamente, comoquiera que vestido iba con las ropas del muerto, que eran muy luengas, también se lanzó a correr.

La dueña, que a la luz del familiar de la señoría había podido ver a Rinuccio llevando a Alejandro vestido con las ropas de Deguelladiós, se maravilló del gran ardimiento que había mostrado cada uno de ellos, pero rióse no poco de ver lanzar a Alejandro en tierra y que éste levantábase y huía. Y de ello muy contenta, loando a Dios porque de ambos le había librado, tornóse a su cámara afirmando a su sirvienta que aquéllos sin duda alguna mucho la amaban, pues, como claramente había visto, habían cumplido lo que ella les mandara.

Mas a Rinuccio le dolió mucho aquello y maldiciendo de su mala fortuna, no quiso luego tornarse a su casa; mas, cuando creyó que el familiar de la señoría se había ya partido de allí, tornó a aquel lugar do él había dejado caer el muerto, y a gatas anduvo buscándolo en la oscuridad, para poder acabar su servicio. Y no hallándolo, y creyendo que aquel familiar lo llevase, a su casa muy dolido finalmente se tornó. Y lo mismo hizo Alejandro, sin haber conocido quién fuese aquel que hasta allí le había llevado a cuestras.

Al otro día, de mañana, fue hallada abierta la sepultura de Deguelladiós, y no siendo visto dentro el cuerpo (ya que Alejandro lo había puesto en lo hondo de ella) toda Pistoya razonó de ello muy diversamente, estimando los mentecatos que el diablo lo llevara. Mas no por esto ambos enamorados dejaron de informar separadamente a la dama de lo que cada uno hiciera, así como de los incidentes acaecidos, excusándose en esto por no haber cumplido plenamente lo que ella les había mandado, y cada uno de por sí la requirió que le mostrase amor. Mas ella, fingiendo no dar fe a sus palabras, por respuesta díjoles que nunca jamás ella querría cosa alguna hacer, ya

que no habían hecho lo que les pidiera, y así de ellos se libró»

Callaba ya Filomena y todos loaron la cordura que mostró la dama al dar repulsa a aquellos a quienes ella no quería ceder (de lo cual consideraron todos que el atrevimiento de ambos enamorados no era propiamente amor, sino locura), cuando la reina, sonriendo, dijo a Elisa:

«Elisa, continúa tú.»

Y ella prestamente comenzó:

«Muy amadas señoras mías, sabidamente, como se ha dicho, hizo Madona Francesca al quitar de ante sí aquel enojo; mas una monja que era muy moza, ayudada de la fortuna, y porque supo graciosamente hablar, un peligro mucho mayor que la amehazaba, no menos sabiamente de sí apartó. Porque, como sabéis, algunos hay que, no habiendo seso de discípulos, se hacen maestros y corregir quieren a los otros sin caer sus propios yerros, a los cuales la fortuna, algunas veces, no sin causa avergüenza, según por mi novela más claramente podréis ver que acaeció a una abadesa, en cuya obediencia estaba la monja de quien ahora hablé.»

## NOVELA SEGUNDA

CÓMO UNA ABADESA, AL QUERER REPENDER A UNA MONJA SUYA POR SUS PECAMINOSOS AMORES, FUE ELLA MISMA CONFUNDIDA

«En Lombardía hubo, según creo que ya sabéis, un famoso monasterio de damas religiosas, y entre las monjas de aquel monasterio había una moza de noble sangre y de muy grande hermosura, llamada Elisabeta, la cual, estando un día a la grada hablando con un su pariente que la había venido a ver, subitamente se enamoró de un mozo que con aquél estaba. Y este mozo, viéndola hermosa y conociendo, así en el habla como en el mirar de sus ojos, que ella se había prendado de él, asimismo fue encendido en el amor de ella. Y con mucha pena de cada uno de los dos, gran tiempo ese amor estuvo sin que de él se siguiese, por obra, resultado alguno.

Mas al fin, habiendo ambos enamorados deliberado de poner en ejecución sus deseos, el mozo, que más solícito en ello fue, halló vía de venir ocultamente junto a su monja, y muchas veces la visitó.

Y acaeció una noche, que entrando el mozo en el monasterio, como solía, fue visto de otra dueña monja, sin que él ni su amiga entendiesen que vistros habían sido; y aquella dueña que lo vio manifestólo a otras monjas, las cuales quisieron luego acusar a la culpable ante la abadesa, de nombre Madona Usimbalda, y que en opinión de todas aquellas monjas y de las otras personas que la conocían era una religiosa muy honesta y devota. Pero considerando, después,

que ella lo negaría, acordaron que mejor era catar tiempo de tomar en uno a ambos amantes, porque la excusa o negación no hubiese lugar.

Y habiendo ordenado, diligente y secretamente, que algunas monjas de aquella guarda tuviesen la cura, calláronse, no mostrando que de esto hubiesen noticia.

Y fue así que Elisabeta, sin avisarse de que había sido sentido su amor, envió una noche por su enamorado. Lo cual fue luego sabido de aquellas que eran puestas por guardas. Y cuando fue ya una parte de la noche pasada, viendo que tiempo era de aquello, la una quedó guardando la puerta de la cámara de Elisabeta, y la otra fue corriendo a llamar a la abadesa, diciendo:

“¡Sus, señora! Levantad que nosotras hemos hallado a Elisabeta con su gentil mozo en la cámara.”

Por ventura (o por desventura) estaba aquella noche la abadesa acompañada de un clérigo con quien ya otras veces había usado. Y oyendo ella la acucia que le daba aquella monja, y temiendo que las otras monjas no viniesen allí con aquella prisa, y tanto empujasen la puerta que la abriesen, muy álna se levantó y como mejor pudo a oscuras vistióse, y pensando que tomaba un velo de los suyos (de los que ellas suelen tener, y le llaman el “salterio”) viniéronle a la mano las bragas del preste, y tanta fue su prisa que se las puso en la cabeza, y salió fuera haciendo tras sí cerrar la puerta de la cámara, mientras a grandes voces decía: “¿A do está esta maldita? ¿A do está la mala mujer?”

Y con las otras monjas se fue, las cuales iban tan turbadas y encendidas por haber hallado a Elisabeta en aquel yerro, que de lo que su abadesa iba tocada no vieron cosa alguna.

La abadesa, con gran rigor, ayudándola las otras dueñas, llegó a la puerta de la cámara, y tan recio todas empujaron que dieron con ella en tierra, y entrando hallaron a los dos amantes, los cuales, aturdidos de tan súbito avenimiento, no sabiendo qué hacer, estuvieronse quedos.

Elisabeta fue luego de las monjas presa y por mandato de la abadesa llevada al capítulo, mientras el mozo, muy triste por el peligro y vergüenza de su amigo, se vestía esperando qué fin tendría aquello, deliberando consigo mismo, si ellas a su enamorada algún daño quisiesen hacer, de jugar mal juego a cuantas monjas alcanzar pudiese, y tomar después a Elisabeta e irse con ella.

La abadesa, cuando fue en el capítulo, sentóse en su silla, y en derredor de ella sentáronse todas las otras monjas, las cuales no miraban a otra salvo a la culpada, a la cual la abadesa comenzó a tratar de palabra ásperamente, diciéndole muchos denuestos y vituperios, así como aquella que con sus viles y deshonestas obras había comenzado a dañar la santidad y buena fama de aquel tan notable monasterio, y diciendo que, hasta entonces, no solamente de las aba-

desas, en las cuales señal de deshonestidad nunca fuera hallada, mas aun de las frailas toquiblanca nunca fue mala ni fea obra sentida; y mientras le decía tales denuestos, amenazábala con disciplinas y cárcel perpetua.

La pecadora Elisabeta, toda turbada y llena de confusión y vergüenza nada decía, antes callando y llorando procuraba que las otras se compadeciesen de la tribulación en que se hallaba.

Y así fue que, mientras la abadesa multiplicaba sus injurias y amenazas, Elisabeta alzó los ojos y vio el velo con que aquélla iba tocada y los cordones que de él pendían de una y otra parte, y pensando qué podría ser aquello, finalmente dijo:

“Señora (¡así Dios os ayude!), dad un nudo a los cordones de vuestra cofia, y después decidme lo que os plazca.”

La abadesa, que no había visto su mal, ni entendía lo que quería decir la otra, respondió con gran saña:

“¿Qué cofia dices, mala mujer? ¿Cuidas con esta lisonja escapar del castigo que tan gran yerro merece?”

Pero la moza le dijo otra vez:

“Señora mía, os ruego que vuestra cofia os anudéis y decidme después lo que quisiereis.”

Algunas monjas de las que allí estaban levantaron la cabeza, y pudieron ver cómo su abadesa iba tocada, y ella misma se puso en la cabeza la mano, y hallando las bragas del señor preste entendió por qué la monja le decía aquello. Y no siendo ella menos culpable, y viendo que todas lo habían visto, la crudeza de que antes había dado muestras mudóse en su lenguaje en piedad, señalando, en conclusión, cuán difícil es defenderse de los estímulos de la carne, por lo que mandó a todas sus súbditas que en adelante se tuviesen cautamente. Y dada la culpable por libre, la abadesa tornó a su cámara, y Elisabeta a la suya.»

Cuando hubo Elisa acabado su novela, y todos hubieron dado gracias a Dios de que aquella mujer moza se hubiera librado de la saña de sus compañeras, la reina dijo a Filóstrato que continuase, y él luego comenzó:

«Bellísimas damas, aquel juez venido de las Marcas, de quien ayer se habló, sacóme de la boca otra novela que tenía primeramente el ánimo de contaros acerca de Calandrino. Y porque razonar de él es siempre cosa que deleita, aunque así de él como de sus compañeros hayamos ya algunas veces tratado, hoy os diré aquello que ayer relataros quería.»

de Nuestro Señor, tener tanta contrición, y tal, que fuese recibido en la gloria del Paraíso.

Pero, porque esto es oscuro y muy oscuro a nosotros, juzgando según lo que manifiesto pareció de su vida y fin, según se ha contado, yo juzgo que su desventurada ánima debe estar en manos del diablo, antes que en el Paraíso. Y si así es, puélese conocer cuán grande es la benignidad de Dios para con nosotros, la cual no callando a nuestra ceguera e ignorancia, sino a la puridad de nuestra fe, se complace en oír nuestros ruegos, poniendo entre nosotros y Él, por medianero, a un enemigo suyo, al que creemos amigo, como si a un santo hombre nos encomendásemos. Y por lo tanto, para que Él por su gracia y misericordia en la presente adversidad nos guarde y salve, y nos conserve esta alegre compañía, alabemos y bendigamos su glorioso nombre, en el cual hemos comenzado nuestro relato, y a Él encomendando nuestras necesidades estemos seguros de ser oídos y remedios.»

La novela de Pánfilo fue asaz reída y muy loada por las damas, pues había sido diligentemente escuchada y bien relatada hasta el fin por el que la contó, y estando cerca de él Neifile, mandóle la reina que le siguiese en el relatar, y aquella, que era tan humilde y cortés como hermosa, dijo que le placía, y comenzó así:

«Pánfilo nos ha mostrado, en su relato, que la benignidad de Nuestro Señor no se fija en nuestros errores, cuando proceden de cosa que nosotros no podemos ver, y yo en mi relato tengo la intención de mostraros que aun aquella misma benignidad sosteniendo pacientemente los defectos de aquellos que debieran dar de ella testimonio con sus obras y con sus palabras, y obran al contrario, provee en ello argumento de verdad infalible, para que aquello que por fe tenemos, con mejor firmeza de ánimo lo sostengamos.»

## NOVELA SEGUNDA

CÓMO UN JUDÍO FUE CONVERTIDO A LA FE POR UN AMIGO SUYO  
CRISTIANO

«Graciosas damas: según os contar, había en París un mercader muy buen hombre, al que llamaban Juanoto de Civigní, hombre muy leal y derecho en su oficio, y que menecaba y traía gran caudal en el comercio de paños y otros negocios. Y tenía éste gran amistad con un judío que era muy rico, llamado Abrahán, asimismo hombre de mucha palabra y muy fiel en su negociar. Juanoto, viendo la buena condición de Abrahán, comenzó a preocuparse mucho porque el alma de un hombre tan bueno y tan ordenado en su vivir se perdiese por defecto de fe. Y lo más amistosamente que pudo, comenzó a rogar

y a amonestar, para que dejase el error de la Ley Judaica en que vivía, y se convirtiese a la verdad de la fe cristiana, la cual, como él podía ver, como santa y buena cada día aumentaba y crecía, mientras que la suya, por el contrario, disminuía y menguaba, a tal punto, que hablase quedado poco menos que en nada.

El judío le respondió que no había otra ley más justa ni más santa que la suya, como aquella que fue dada por boca de Dios, y que nada le haría alejar de ella.

Juanoto, a pesar de haber obtenido tal respuesta de Abrahán, no cejó en su propósito, sino que al cabo de pocos días le volvió a hablar de ello, mostrándole gruesamente (como ignorante), lo mejor que pudo, las razones por las cuales nuestra fe fuese mejor que la suya; y a pesar de que Abrahán en su ley fuese instruido, ello no obstante, por su gran amistad con Juanoto, o lo que es más cierto, porque el Espíritu Santo muchas veces pone su gracia en las palabras de los ignorantes y simples e iletrados, le comenzaron a agradar las razones de Juanoto; mas la obstinación y porfía de la ley en que había nacido y se había criado no le dejaba que se convirtiera, y que conociese la verdad. Pero cuanto más él porfiaba en defenderse, tanto más Juanoto se mostraba diligente en amonestarle e insistir, tanto que el judío, viéndose tan aquejado por la insistencia del otro, le dijo:

«¡Ea, Juanoto! A ti parece bien que yo deba ser cristiano, y yo estoy dispuesto a serlo; empero, sepas que yo quiero ir antes a Roma, y ver a aquel que tú dices que es verdadero cristiano y vicario de Dios, y consideraré las maneras y costumbres, tanto de él como de sus cardenales, y si tales me parecen que yo pueda, juntándolo con sus palabras, comprender que tu fe sea mejor que la mía, me place hacer lo que tú me aconsejas; pero si hallo lo contrario, yo quedaré en mi ley como estoy.»

Juanoto, cuando esto oyó, se puso muy triste y muy turbado, y dijo entre sí: «Verdaderamente, yo he perdido todo lo que trabajé en este propósito, el cual me parecía bien empleado y cerca de conseguir su efecto, creyendo haber ya convertido a este hombre; porque si él va a Roma, y ve y comprueba la mala vida de los clérigos, no solamente de judío no querrá volverse cristiano, sino que, de haberse convertido, volverá a su ley.» Y turbado por este pensamiento volvióse hacia el judío, y le dijo: «Amigo mío, ¿por qué quieres tú entrar en tanto gasto de tu hacienda, y en tanto trabajo y quizá, por ventura, en peligro de tu persona, como para ti sería el ir a Roma? Porque, tanto por tierra como por mar, a hombre tan rico como tú, ello será de peligro y fatiga. ¿No crees tú, hallar aquí quien te dé el bautismo? Y si alguna duda en la ley tuvieres, ¿crees, acaso, que haya más sabios maestros en la ciudad de Roma que en París, para que te puedan aclarar las dudas que tuvieres? Por ello, a mi juicio, este viaje tuyo excusarás como excesivo y sin fruto. Y si es por la manera de ser de los clérigos, piensa que tales son allá los prelados

y clérigos como acá los ves, y si acaso mejores, por cuanto más cerca están del pastor principal. Por ende, este trabajo, por mi amor y consejo tú lo dejarás por ahora, y cuando alguna peidonanza o jubileo venga, allá podrás ir, y por ventura entonces yo te haré compañía."

"Juanoto —dijo el judío—, yo te creo. Pero respondiéndote en pocas palabras, sepas que yo estoy dispuesto del todo, si tú quieres que yo haga aquello que tú tantas veces me has rogado, a ir a Roma, como te he dicho: de otra manera, yo no resolveré nada." Juanoto, viendo la final intención del otro, y creyendo que cuanto más lo esorbiese, más sospecha en él pondría, le dijo: "Pues si así es, ve con buena ventura", bien convencido Juanoto de que si él iba allí, y viese el modo de vivir de la corte de Roma, nunca se convertiría; pero esperó ver en qué paraba ello.

El judío, lo más buenamente que pudo, aderezó sus asuntos y partió para Roma, y cuando llegó fue muy bien recibido por los judíos que allí había. Y al cabo de estar allí algunos días, sin decir a ninguno de ellos la causa de su venida, comenzó cauta y secretamente a mirar y observar la vida y las obras del Papa y de los cardenales y de los otros prelados, y en conclusión, de todos los clérigos cu-riales. Y obteniendo información de algunos a quienes él preguntó, e informándose por cuanto él por sí pudo conocer, entendió y halló que los más pecaban deshonestamente en el pecado de lujuria, y no solamente en el natural, mas lo que sin confusión y vergüenza no se podría decir: contra natura, sin freno alguno de remordimientos de conciencia, en tanto que a las mujeres públicas los viles y afeminados garzones no daban lugar a ganar nada, en aquel abominable oficio. Además de ello, los halló, universalmente, golosos, bebedores, y aun embriagos, y tales que servían a los vicios del vientre, como animales brutos. Y aún observando y mirando más adelante, conoció que eran avaros y sin medida codiciosos de dineros, de tal modo, que la sangre humana, y lo que más grave es, la cristiana, vendían y aun las cosas divinas, así sacrificios de misas como beneficios, negociaban públicamente, de tal modo que mayor negocio de ello se trataba en Roma que de paños y joyas en París, por mucho que, por ver de disminuir su maldad, tratan de encubrirlo con vocablos honrados; porque a la limosna llamaban "procurativa", y a la golosina "sustentación", así como si a Dios, por la sola significación de los vocablos se le encubriese la continuación de los malos hombres, tal como uno de nosotros se dejaría por hermosas palabras engañar.

Estas cosas, con otras que más vale callar, sintiéndolas aquel sabio judío, y habiendo concebido de ellas gran enojo comoquiera que él era hombre modesto y templado, después que le pareció haber visto bastante de lo que buscaba, resolvió marcharse a París, y así lo hizo. Y cuando supo su llegada, Juanoto, habiendo esperanza de su conversión, le fue a ver; y haciendo el uno con el otro gran fiesta, después que hubieron pasado algunos días, Juanoto preguntó al judío

qué le había parecido del Santo Padre, y de los cardenales, y de todos los otros cortesanos.

Abrahán le respondió: "Paréceme, mal que Dios les dé a todos ellos. Dígame que yo fui informado por mí, que nadie puede sentir ninguna devoción ni santidad, ni buenas obras o ningún buen ejemplo, en ningún clérigo que allí viese, sino lujuria, y avaricia, gula, soberbia y envidia, y semejantes pecados y vicios, de manera que yo considero antes diabólica, la vida que ellos llevan, que humana. Y por cuanto yo esimo, vuestro pastor, e igualmente todos los demás clérigos, con toda diligencia y con todo afán y arte procuran volver en nada y lanzar del mundo la religión cristiana, de la que ellos debían ser fundamento y sostén. Pero al ver que vuestra fe no se mengua y destruye como ellos querían, antes continuamente se aumenta y acrecienta, y hácese más lúcida y clara, en razón paréceme discernir que el Espíritu Santo es fundamento y sostén de ella, como verdadera ley. Por lo cual yo, que tan duro y obstinado me mostraba ante tus amonestaciones, sin querer ser cristiano, ahora declaradamente te digo que por nada del mundo dejaré de convertirme a tu fe. Y vayamos —dijo él— a la iglesia, y según la ordenanza de tu santa ley, hazme bautizar."

Juanoto, que sin duda esperaba ver muy otra conclusión de aquel hecho, cuando esto oyó no cabía en sí de alegría, y llevólo luego a la iglesia de Nuestra Señora de París, y requirió a los clérigos de ella que luego lo bautizaran, los cuales así lo hicieron prestamente; y Juanoto, como su padrino, lo sacó de la pila, y le puso el nombre de Juan, y después rogó a grandes y buenos letrados que lo informasen en la fe, la cual, el otro, devotamente aprendiendo, fue un bueno y notable cristiano, y de buena vida."

Después que de todos fue loada la novela de Neifile, y ella hubo callado, comenzó Filomena de esta manera:

"La novela que Neifile ha relatado me trae a la memoria el dudoso caso que le ocurrió a un judío, y como sea que de la verdad de nuestra fe se ha hablado ya bastante y bien, no será yerro si descendemos a hablar de los acontecimientos y actos de los hombres; y por esto contaré una novela, tras oír la cual, por ventura seréis más cautas en responder a las preguntas que os podrían ser hechas.

Debéis saber, amorosas amigas, que así como la necesidad muchas veces lleva a los hombres, de felices estados a grandísima miseria y pobreza, así también el seso y la discreción libran al sabio de gran peligro, y le ponen en reposo, y en seguro estado. Y que sea verdad que la necesidad torne al hombre, de buen estado en pobreza y miseria, por muchos ejemplos se lee y ve cada día, y es tan manifiesto y notorio, que quererle contar no sería sino gastar el tiempo en vano; pero que la discreción y el seso sea causa de consuelo y reparo de los contratiempos, os lo contaré, como os he prometido, en una novela brevemente."

cuales estamos, veréis que son las casas de los muertos, porque en ellas se ponen los cadáveres. Y porque los hombres sin letras, ignorantes y simples, son contados por muertos, él, por llamarnos muertos dijo que estábamos en nuestras casas, como si dijese que el hombre necio muerto es, y su casa es la sepultura."

Cuando Micer Beto esto hubo dicho, aquellos gentileshombres que allí estaban entendieron la fuerza y substancia de la respuesta de Guido, y de allí adelante hubieron a Micer Beto por hombre de sutil ingenio, y se guardaron de entrar con Guido en cuestiones.»

Habiendo cada uno de la compañía dicho su novela, entendió Dioneo, que aquel día no restaba otro que novelase, sino él. Por la cual cosa, sin esperar mandamiento muy solemne, imponiendo silencio a los que la agudeza de Guido loaban, comenzó:

«Gentiles damas mías, comoquiera que yo tenga el privilegio de poder hablar de cualquier materia que me plugiese, hoy no deseo separarme de aquella de que todas vosotras habéis tan ordenadamente razonado; antes, siguiendo vuestras pisadas, entiendo mostraros cuánto y cuán discretamente, con súbito reparo, un fraile de San Antonio, huyó y escapó de un engaño, y de la vergüenza que por arte de dos mozos le estaba aparejada. Y no os sea grave y enojoso, si yo por bien y cumplidamente decir mi novela, algún cuanto alargue mi razón; porque si el sol bien miráis, aún no pasa del medio cielo, y por ende, asaz tiempo habrá para todo.»

## NOVELA DÉCIMA

### CÓMO UN FRAILE ESCAPÓ DE UN ENGAÑO QUE LE TENÍAN HECHO

«Certaldo, como yo cuido que habéis oído, es un castillo situado en Valdelsa, el cual, cuantoquiera que pequeño hoy sea, fue en otro tiempo de nobles y bien aderezados hombres poblado. Y en él un fraile de los de San Antonio Abad, llamado Fray Cebolla, por el buen pasto que allí hallaba usó luengamente venir cada año una vez a coger las limosnas que, simplemente, algunos hombres de allí le daban. El cual fraile por ventura era allí tan bien acogido por el nombre como por devoción que en él habían; porque así es que dicho lugar, por la propia naturaleza de la tierra, cría las mejores cebollas que haya en toda Toscana.

Y este Fray Cebolla, tornando a nuestro propósito, era de persona pequeña y de color rojo, y de muy alegre apostura, y el mejor compañero, y el más solazoso del mundo; y allende de esto, no sabiendo letras ni teniendo ciencia alguna, era hombre tan elocuente y bien hablante, que quien no le conociese y lo oyese hablar, no solamente hubiese dicho de él que era un gran retórico, mas diría que era aquel grande y famoso Tulio o acaso Quintiliano. Y por

esto, con todos los vecinos de aquel lugar era en tanta parcialidad venido, que de todos los más era compadre, o padrino, o amigo.

Y según su usanza, vino una vez a Certaldo en el mes de agosto, y estando allí un domingo de mañana, viniendo todos los del pueblo, hombres y mujeres a la iglesia, a misa, cuando le pareció tiempo, él se avanzó, y dijo estas palabras:

«Señores, buenos hombres y dueñas, según vosotros mejor sabéis, vuestra usanza es, cada año, de mandar a los pobres del señor San Antonio del trigo y cebada vuestros, cuál poco y cuál asaz, según la posibilidad y la devoción suya, para que San Antonio os sea guarda de los bueyes y asnos y ganados vuestros; y allende de esto, soléis pagar, especialmente aquellos que a nuestra compañía sois inscritos, aquel pequeño deudo de la cofradía que es ordenado de pagar una vez al año, y para recaudar y coger estas limosnas yo soy enviado aquí por el abad, mi señor. Y por esto, después de nona, cuando vosotros oiréis tañer, idos, con la bendición de Dios, aquí fuera de la iglesia, y allí, según la manera acostumbrada, os predicaré la palabra de Dios y adoraréis la cruz. Y allende de esto, porque yo siento que vosotros sois muy devotos del bienaventurado San Antonio, en remuneración de aquesto, por especial gracia os mostraré una santísima y muy preciosa reliquia, la cual por merced de Nuestro Señor, cuantoquiera que pecador yo sea, traje de la Tierra Santa de Ultramar; y es una de las plumas del ángel San Gabriel, que se le cayó en la cámara de la gloriosa virgen María, Nuestra Señora, cuando él vino a anunciarle, en Nazareth, la encarnación del su glorioso Hijo.»

Y cuando Fray Cebolla esto hubo dicho, tornóse a la misa.

A la sazón que él esto decía estaban, entre otros muchos, dos mozos muy avisados y arteros, y el uno había nombre Juan de Bragoniera, y el otro Biagio Pizini, los cuales, después que un poco se sonrieron de la reliquia de Fray Cebolla, comoquiera que fuesen sus amigos, propusieron y ordenaron entre sí de hacerle alguna burla acerca de esta pluma del ángel. Y habiendo sabido que Fray Cebolla aquel día había de comer con un amigo suyo arriba, en el castillo, guardaron tiempo, y así como le vieron a la mesa, salieron a la calle y vinieron a la posada do él posaba y tenía su ropa; y ordenaron en esta manera, que Biagio tuviese en palabras al mozo de Fray Cebolla, y Juan buscase en las cajas y alforjas del fraile aquella pluma del ángel Gabriel, y cualquiera que ello fuese la tomase, por ver de esto qué diría él, después, a la gente.

Tenía este fraile un su mozo, al cual algunos llamaban Guccio Ballena, y otros Guccio Todolodo, y aun otros Guccio el Puero, el cual era tan mezquino y vil como otro ninguno, y del cual Fray Cebolla muchas veces era usado de burlar y escarnecer; y solía decir de él:

"Mi mozo, Guccio Puero, ha en sí tales nueve condiciones, que

si la una sola de ellas hubiese Salomón, o Aristóteles, o Séneca, habría tanta fuerza, que hubiese gastado y destruido todas las virtudes que de ellos se cuentan. Ahora —decía él—, pensad qué hombre debe ser aquel, que, habiendo en él nueve condiciones o propiedades, ninguna de ellas es seso, ni santidad."

Y preguntándole algunos cuáles eran aquellas nueve propiedades, él las tenía ordenadas así: "Él es vagaroso, mentiroso, sollado, negligente, desobediente, maldiciente, descuidado, desmemoriado y mal acostumbrado."

"Y sin éstas —decía él— tiene algunas tachuelas que, por guardar su honra, yo me callo. Y lo que más es de reír de todos sus buenos hechos, es que él en cada lugar donde le acaece, quiere tomar mujer y haber su casa, no considerando sus buenas y graciosas facciones; porque ha la barba grande, y negra y sucia, y con todo esto se cuidará él ser tan hermoso, y gentil, y placiente a las dueñas, que según su avisamiento, entiendo que cuantas lo ven de él se enamoran. Es verdad que, comoquiera que él sea cual yo digo, pero una cosa yo no puedo negar, que no me sea muy provechoso; que, como digo lo uno, así diré lo otro, porque no parezca yo maldiciente publicando sus tachas y callando sus virtudes. Porque, cuandoquiera que algún amigo me quiere hablar en secreto, no me puedo defender ni guardar, que él no se allegue por haber su parte; y si algo oye, luego es descubierto por todo el lugar, y si alguno me pregunta por alguna razón, él ha tanto miedo que yo no sepa responder, que sale presuroso y responde por mí, según que a él es bien visto."

Ahora, pues, habiendo Fray Cebolla ese tal servidor, y dejándolo en la posada por guarda de su hacienda, en tanto que él iba a comer con aquel su amigo, mandóle que con gran diligencia guardase que nadie no subiese a la cámara ni tocase sus cajas, porque allí estaban las reliquias.

Empero Guccio Puerco, el cual era tan usado de estar en la cocina como el ruiseñor en las ramas verdes, y mayormente si alguna moza él sentía que allí fuese, acaeció que, según él deseaba, halló una moza de la huésped, pequeña de cuerpo, y muy mal tajada, y rechoncha mucho y gordilla, con un par de pechos que parecían que dos cestos le colgasen, y una cara la más enaciada del mundo, sucia y ahumada toda. Y viéndola Guccio Ballena, dejando la cámara de Fray Cebolla y todas las reliquias sin ninguna guarda, con tanto desseo y ardor se fue a ella, como el buitre se echa sobre la carroña. Y comoquiera el mes de agosto fuese, sentándose al fuego, con aquella gentil mujer, la cual había nombre Nata, comenzó a entrar en palabras, diciéndole que era un hombre muy de bien, y procurador de la orden, y que gracias a Dios él tenía de los florines más de millenta, sin contar algunos que él era obligado a dar a otros, los cuales eran aún muchos más. Y allende de esto, que sabía decir y hacer

No se acordando este avisado hombre, ni mirando su capirrote, que él tenía tan cubierto de unto y pringue, y suciedad de las ollas, que bien en él había asaz para hacer grueso el caldo de una gran caldera, ni de cómo iba vestido de un saco todo roto y despedazado, y al derredor del pescuezo y debajo de las tetillas todo de grosura y unto de vianda, que relucía como un esmalte, y de tantas y diversas colores como si fuese paño de India o tartarisco, ni de sus calzas, todas rotas y caídas a los pies, con tal atavío de su persona, como si él fuese un gran señor comenzó a decirle que tal mujer como ella no debía estar tan pobremente, y que él la quería vestir y sacarla de aquella pobre vida en que vivía, y traerla a más honor y con mejor fortuna; y otras muchas cosas y muy más grandes le prometía, las cuales, comoquiera que él muy afectuosamente las prometiese, acabadas de decir eran tornadas en viento, porque su costumbre y manera era tal, que todos sus decires y obras consistían en nada.

Pues, los mozos, que hallaron a Guccio Todolodo en tales actos ocupado, fueron muy alegres, creyendo que habían hallado tiempo conveniente a su obra, pues que no había quien les contradijese. Y así, entraron en la cámara de Fray Cebolla, que estaba abierta y sin guarda, y la primera cosa en que toparon fueron sus alforjas, en las cuales hallaron una caja; y aquella abierta, hallaron en ella un envoltorio, en el cual había envuelta otra caja, y en ella una pluma de papagayo. Y entendieron que aquélla era la pluma del ángel Gabriel que él había prometido de mostrar al pueblo. Lo cual él pudiera ligeramente hacer creer a aquella gente en aquel tiempo, porque aún las delicadezas de Egipto no habían entrado en Toscana sino en muy pequeña cantidad, así como después, con ruina de toda Italia, son venidas muy abundantemente. Pero en aquel tiempo, si en Toscana, según dicho es, algún cuanto fuesen conocidos, a lo menos en aquellos pueblos como este de que hablamos, no salidos aún de la rudeza y honestidad de los antiguos, no solamente no se habían visto papagayos, mas aún tampoco de ellos se había oído hablar. Y tornando al propósito, los dos mozos, muy alegres con la pluma que habían hallado, tomáronla, y por no dejar aquella caja vacía, hinchieronla de carbones que hallaron al un rincón de aquella cámara; y cerrada aquélla, y tornando todas las cosas cada una en su lugar, así como hallado lo habían, sin ser de algunos vistos ni sentidos, riendo se fueron con su pluma, esperando qué haría Fray Cebolla cuando los carbones hallase en lugar de ella.

Viniendo la hora asignada por el señor fraile, los hombres y mujeres del pueblo simple, creyendo que habían de ver la pluma del ángel, así como fue dicha la misa se fueron a sus casas con gran placer, y diciéndolo el un vecino al otro, y la una comadre a la otra, tanta gente concurrió al castillo, que apenas cabían en él, con deseo de ver y adorar tan preciosa reliquia.

Fray Cebolla, habiendo visto...



vantóse después de nona, y siendo grande la muchedumbre que era venida (no solamente del pueblo, mas de la comarca cercana) por ver aquella pluma, mandó a su familiar Gucio que le trajese las alforjas y cajas suyas y tañese las campanillas de San Antonio que él consigo traía. Y el otro, aunque le fue grave y trabajoso el salir de la cocina y partirse de la su muy amada, tomó aquellas cosas, y como aquel que no era muy arrebatado subió al castillo, y ante la puerta de la iglesia comenzó aquellas campanillas a tañer.

Y después que todo el pueblo fue ajuntado, Fray Cebolla, sin mirar si en las cajas había habido cambio alguno, comenzó su predicación. Y en la introducción de ella, tocó alguna parte en loar de sí mismo, así de vida como de ciencia; y después que en su sermón hubo de asaz materias tratado, cualesquiera que éstas fuesen, cuando vino el tiempo en que debía mostrar la pluma del ángel Gabriel, haciendo antes la confesión general, con gran solemnidad mandó encender dos grandes cirios, y sacándose la cogulla, desenvolvió el cendal en que la cajita era envuelta. Y dichas primeramente algunas buenas palabras en loor del ángel Gabriel y de su santa reliquia, abrió la cajita; y viéndola llena de carbones, no sospechó que Gucio aquello hubiese hecho, porque no sentía en él tanta sutileza, ni lo maldijo en su voluntad, antes reprimió y culpó a sí mismo, porque a un haragán como aquel conociéndolo como él lo conocía, había encomendado la guarda de su cámara, acordándose en especial de tres tachas que en él eran, de las nueve antedichas, conviene a saber: negligente, desobediente y de mala memoria.

Pero no torció el gesto ni mudó de color, mas alzando los ojos y las manos al cielo, con gran devoción dijo, oyéndolo todos:

"¡Oh, Señor Dios, loada sea siempre tu singular potencia!"

Y después, cerró la cajita, y revolviéndose al pueblo dijo así:

"Señores y damas: vos debéis saber que, siendo yo mozo, mi superior me mandó ir contra aquella parte do el sol nace, y fueme mandado, por expresa obediencia que anduviese tanto, que yo hallase los Privilegios del Porcelana, los cuales aunque no cueste nada el bollar y sellar de ellos, muy más provechosos son a otros que a vosotros, por lo cual yo, obedeciendo a mi mayor, metíme en el camino, y partiendo de Venecia, y andando por el Borgo de los Griegos, y de allí por el reino del Garbo, pasando gran trabajo llegué a una provincia que es llamada Parione, y de allí, no sin pasar sed, llegué poco después a Cerdeña; mas ¿por qué me trabajo yo en contar todas las provincias y tierras por do pasé yo? Yo llegué, pasando el Brazo de San Jorge, a Trufia y a Buña, tierras de muchas gentes en las que muchos vecinos moran, y de allí vineme al reino de Mentirancia, provincia de muchos más moradores, donde muchos de los nuestros frailes y de otras religiones hallé, los cuales andaban excusando el trabajo por servicio de Dios, tomando su pro-

moneda que no fuese labrada con cuño; y de allí pasé en tierra de Abruzos, donde van los hombres y las mujeres en zuecos por los montes, y revisten los puercos de sus propias entrañas; y poco allende de aquella tierra, hallé gentes que llevaban el pan en odres y el vino en los costales, y de allí partiendo vine a las montañas del Baco, donde todas las aguas corren para arriba. Y anduve tantas tierras hasta que llegué a la India Pastinaca, en la cual provincia yo os juro, por el hábito que yo traigo, que vi volar las aves tanto, que cosa sería increíble a quien nunca visto lo hubiese. Pero en esto no me dejaré mentir Maso del Sagio, que es un gran mercader que allá hallé yo, el cual estaba quebrando nueces y vendía las cáscaras a troyos.

Mas yo, no pudiendo hallar lo que buscaba, por cuanto más allá se va por el agua, tornéme por otra parte, y llegué a aquella santa tierra donde en tiempo de verano vale un pan frío cinco dineros, y el pan caliente no vale nada; y allí hallé al venerable y honrado señor Micer Nomevutuperéis Siospiace, dignísimo patriarca de Jerusalén, el cual, no habiendo respeto a mi pobre persona, mas catando el hábito que yo traigo, del santísimo confesor San Antonio, quiso que yo viese y adorase todas las santas reliquias que él tenía, las cuales eran tantas, que si yo os las quisiere contar, no vendría al fin de ellas en millares de días. Pero, por no dejaros deseosos y desconsolados, os diré algunas. El me mostró, primeramente, el dedo del Espíritu Santo, tan sano y entero como cuando el santo espíritu era vivo, y el copete del serafín que apareció a San Francisco, y una de las uñas de los querubines, y una costilla de la Santa Fe Católica, y algunos de los rayos de la estrella que apareció a los Reyes Magos, y una ampolla llena del sudor del ángel San Miguel cuando se combatió con el diablo, y el carillo de la muerte de San Lázaro, y otras asaz reliquias. Y porque yo graciosamente le di copia de las Cuestas de Monte Morelo *in vulgari*, y de algunos capítulos del Caprecio, los cuales según me dijo él había largo tiempo buscado, por esto me hizo el particionero de las sus santas reliquias y dióme uno de los dientes de la Vera Cruz, y una ampollita en la cual había algún cuanto del retinto de la campana de Salomón, y la pluma del ángel Gabriel, de la cual ya os dije, y uno de los cuchillos de San Gerardo de Villamagna, el cual poco tiempo ha que yo lo di, en Florencia, a Gerardo de Bonsi, el cual ha en él muy singular devoción. Y dióme, más, el santo patriarca, de los carbones con que fue asado el bienaventurado San Lorenzo mártir. Las cuales cosas yo traje acá con gran reverencia y devoción, y las tengo aún conmigo. Es verdad que mi abad no consintió que yo las mostrase hasta él ser cierto de si son auténticas o no. Mas ahora, que por ciertos milagros por ellas hechos (y por letras que él recibió del santísimo patriarca) de ellas me ha

yo traigo la santa pluma del ángel Gabriel en una caja, para que no se pierda ni dañe, y asimismo traigo en otra los carbones con que San Lorenzo fue asado, y tanto se parecen estas dos cajitas la una a la otra, que muchas veces me acaece tomar la una pensando que la otra es, y este error me acaeció al presente, que cuidando tomar la cajita de la pluma, tomé la de los carbones; lo cual no reputo yo que sea estado error, mas en parte creo que sea voluntad de Dios, y que Él mismo aquella cajita haya puesto en mis manos. Y cuando me acuerdo que la fiesta de San Lorenzo sea de aquí a dos días, así creo que Nuestro Señor, quiere que, mostrándolos yo los carbones con los cuales aquel glorioso mártir fue asado, se enciendan vuestros corazones y vuestras ánimas en la devoción que en él debéis haber, y no en aquella pluma, la cual yo cuidaba tomar. Y por esto, hijos míos, benditos de Dios, sacaos los capirotes y llegaos acá muy devotamente, para verlos; pero antes quiero que sepáis la virtud que en estos carbones hay. Sabed que cualquiera sobre quien es hecha la cruz con uno de estos carbones, puede ser seguro que, por todo aquel año, no le tocará fuego que él no lo sienta."

Y después que esto hubo dicho, cantando con gran devoción un himno de San Lorenzo, abrió la cajita y mostró los carbones. Los cuales, después que aquella necia muchedumbre de gente que allí era los hubieron visto, maravillándose mucho de ellos, con gran prisa se allegaron a Fray Cebolla, dándole muy mayores limosnas y ofrendas que los años pasados, y rogándole todos que los signase con aquellos carbones. Y él, tomando uno de ellos, señalábalos de una valiente cruz a cada uno, a los hombres sobre las cabezas, y a las mujeres sobre las tocas, afirmando él que, cuanto más se gastaban los carbones en hacer aquellas cruces, tanto más crecían los que en la cajita quedaban, así como él ya muchas veces lo había probado por experiencia.

En tal manera como habéis oído, Fray Cebolla, no sin gran utilidad y provecho de su bolsa habiendo cruzado a todo el pueblo, por ese puesto argumento que he dicho burló a los que pensaban haberle burlado hurtándole la pluma. Los cuales mozos, estando a su sermón y viendo el nuevo ruego con que él reparó el daño por ellos hecho, y con cuantas palabras acarreó de lejos sus mentiras, tanto rieron, que casi descoyuntáronse las quijadas.

Y cuando el fraile hubo acabado, fuéronse a él, y con gran risa le descubrieron la burla que le habían hecho, y tomáronle su pluma, que le habían hurtado, con la cual, el siguiente año hizo él otro mayor sermón, y con mayor provecho suyo de lo que le acaeció con los carbones."

Esta novela causó en toda la compañía grandísimo solaz, y mucho rieronse todos de Fray Cebolla, y sobre todo de su peregrinación, así como de las reliquias que en ella había visto y de las que él de allá trajera.

Y la reina, porque a la novela se había puesto fin, y con ello también a fin llegase su reinado, levantada en pie sacó de su cabeza la corona, y riendo en la de Dioneo la puso, diciendo:

«El tiempo es llegado, Dioneo, que tú algún tanto sepas qué carga es tener mujeres a regir y guiar; sé, pues, tú, el rey, y avísate de regimios de tal manera, que tu regimiento, a la fin, debamos loar.»

Dioneo, con la corona en la cabeza, riendo respondió:

«Asaz veces podéis ya de tales reyes haber visto de más valor que yo no soy: a los del ajedrez me refiero. Y por cierto, si vosotras me obedecéis cual rey verdadero obedecerse debe, yo haré que gocéis de aquello sin lo cual no hay fiesta completa ni convenientemente alegre. Mas dejemos estar esto, que yo regiré tal cual lo sepa hacer.»

Y, según era la usanza, haciendo llamar al maestresala, le mostró por su orden lo que hacer debiese mientras durase su señorío, y dijo después:

«Damas de valor, en diversas maneras se trató ya de la humana industria y de los más varios casos, tanto, que si Licisca no hubiese antes aquí venido, la cual con sus palabras me ha procurado materia para que razonemos mañana, yo dudo que no me hubiese trabajado por gran espacio a fin de hallar tema de que tratar. Ella, como oísteis, dijo que no tenía vecina que doncella hubiese tomado marido, y añadió que bien sabía, también, cuántos engaños hacen las mujeres casadas a sus maridos. Mas dejando estar lo primero, que obra de niños es, reputo lo segundo como materia placiente para que de ella razonemos, y así quiero yo que mañana se hable, ya que Licisca nos ha dado esta ocasión, de los engaños que, por amor o por su propia salvación, las mujeres han hecho a sus maridos, tanto avisándose ellos como sin lo saber.»

Razonar de tal materia parecía a algunas de las damas que no se conviniese con ellas, y a Dioneo rogaban que cambiase de propósito. Pero él les respondió:

«Damas, yo sé lo que ordeno, tanto como vosotras hacéis; y no me podréis disuadir pensando que el tiempo es tal que, guardándose los hombres y mujeres de obrar deshonestamente, lícito es hablar de toda cosa. O, ¿acaso no sabéis vosotras, que por la malignidad de este tiempo presente, han los jueces dejado los tribunales, y las leyes, así divinas como humanas, callan, y una gran licencia para recaudo de la vida ha sido otorgada a todos los hombres? Por lo cual, si algún poco se excede vuestra honestidad en el hablar (no para que hayáis de hacer mala cosa alguna, sino para deleitar a vosotras mismas, y a los otros), no veo yo ningún argumento que me obligue a concederos que algunos de ellos después reprenderos deban. Y allen- de de esto, desde el primer día hasta esta hora, vuestra compañía como honestísima se ha comportado, y comoquiera que sea lo que dicho se haya, no me parece que en acto alguno que hiciese se haya maculado, ni se maculará por ello con la amada, ni...

se les toca a las madres, o hermanas, o amigas, o aun hijas, con mayor ardor y odio que los seglares en lo que atañe a sus mujeres, ellos desean tomar venganza, y con gran saña se vengán. Por lo cual, tengo la intención de contaros un amor rústico, más digno de risa por su conclusión, que no largo de palabras, del cual, sin embargo, podréis coger este fruto: Que a los clérigos no se deba dar fe en todo lo que ellos dicen.»

## NOVELA SEGUNDA

CÓMO UN CLÉRIGO CAMPESINO SE ENAMORÓ DE UNA PARROQUIANA  
SUYA, Y DE LO QUE ACONTECIÓ CON ELLA

«Como cada una de vosotras, graciosas señoras, sabe o puede haber oído, en Varlungo, aldea de aquí muy cercana, hubo un preste, hombre gallardo de su persona y valiente en el servicio de las mujeres, el cual, comoquiera que no supiese mucho de leer sus latines, con muchas santas palabras el día del domingo recibía a sus parroquianos muy bien al pie del olmo, y aún mejor a sus mujeres, cuando los maridos no estaban allí. Tanto, que preste que allí hubiese estado no lo hiciera nunca tan bien. Y visitábalas con agua bendita y con candelas benditas en las fiestas, dándoles su bendición.

Y acació que entre todas sus otras parroquianas que antes le habían parecido bien, hubo una que más que todas le plugo y había nombre Belcolor, mujer de un labrador llamado Bientevega, la cual, a decir verdad, era una placiente y fresca campesina, atezada y membruda, y con más buena disposición para majar que ninguna otra; y allende de esto, sabía mejor tañer el pandero y cantar, y danzar, cuando menester era, que otra mujer de todo aquel pueblo.

Por todo lo cual, el señor preste de ella fue deseoso, tanto, que no podía tener paz ni sosiego consigo, y siempre andaba aguardando dónde la podría hallar, y cuando el domingo, de mañana, la veía a la misa o la sentía en la iglesia, por mostrar que era un gran cantor esforzábale cuanto él podía a decir *kyries* o *sancus*, y los decía tan bien, que parecía propiamente un asno que rebuznase. Y cuando ella allí no estaba, él se pasaba ligeramente por ello, sin mucha melodía hacer. Pero esto hacía él tan cautamente, que Bientevega ni otro alguno lo entendía, aunque, por haber alguna conversación con aquella Belcolor, presentábale algunas cosas, así como un manojito de ajos frescos, que él tenía los mejores de la aldea en su huerto, y a las veces un canastillo de cebollas tempranas, o de escaloñas. Y cuando ocasión veía, la miraba y hablaba un poco a la falseta; y ella, aunque era aldeana, fingía no parar mientes en ello y pasaba adelante. Por lo cual el clérigo no podía venir en aquella conclusión que de

Y un día acació que él andando a la hora del mediodía por la calle, de la una a la otra parte, halló a Bientevega, el marido de Belcolor, con un asno cargado de algunas cosas, y preguntóle adónde iba. Y Bientevega respondió:

“En buena verdad, señor, yo voy a la ciudad por un negocio mío y llevo aquestas cosas a Micer Bonacorsi de Ginetreto, para que me ayude en un pleito en que un juez me trae por un su percurador.”

El preste le dijo:

“Bien haces. Ve en buena hora, hijo, con mi bendición, y torna lo más afna que pudieres. Y si vieres allí, por casualidad, a Lapucio o a Naldino, no se te olvide decirles que me traigan aquellas cosas para mis guarniciones.”

Bientevega dijo que así lo haría, y se fue para Florencia, y el clérigo pensó que era buen tiempo de probar su ventura acerca del amor que sentía por la mujer de aquél. Y luego se fue a casa de ella, y entrando dijo:

“¡Dios dé bien y salud en esta casa! ¿Quién está acá?”

La Belcolor, que había ido a lo alto del estercolero, oyendo tales palabras dijo:

“¡Señor, vos seáis el bien venido! ¿Qué andáis buscando a esta hora de la siesta?”

El preste respondió:

“Si Dios me dé bien, yo me vengo a estar contigo un poco; y ahora, viniendo acá, hallé a tu marido, que para la ciudad iba.”

La Belcolor, descendiendo del estercolero, sentóse con él y se puso a limpiar unas simientes de col que poco antes su marido le había traído, y el preste le comenzó a decir:

“Belcolor, dime: ¿Hasme, tú, de hacer morir siempre por tal manera?”

Ella se puso a reír, y dijo:

“¿En qué le hago yo morir, o qué os hago yo?”

“No me haces, a mí, otro mal —dijo él— sino que no me dejas hacer lo que yo querria y Dios mandó.”

“¡Andad, andad! —dijo ella—. ¡Y cómo! ¿Hacen los prestes tales cosas?”

“Por cierto —dijo él—, sí hacen, y aun mejor que otros hombres. Y aun te digo que nos lo hacemos mucho más y mejor. ¿Y sabes por qué? Porque lo hacemos a represa y de tarde en tarde. Mas, en buena verdad, si tú estás queda y me dejas hacer, tú habrás provecho de mí.”

“¿Y qué provecho habré yo? —dijo Belcolor—. Que los clérigos son los más escasos del mundo.”

“Ahora —dijo él—, tú ve lo que te place. ¿Quieres un par de escarpines, o un broche? ¿O quisieras un paño de estambre?”

La Belcolor dijo:

"Hermano, dejemos eso, que yo tengo asaz cosas. Mas, si vos me queréis tanto bien como decís, ¿por qué no me hacéis un servicio, y yo haré aquello que vos mandáredes?"

El clérigo dijo:

"Di, tú lo que te place, y yo lo haré de grado."

La Belcolor dijo:

"A mí conviene, el sábado, ir a Florencia a dar la hilada de lana que yo tomé a hilar por dineros, y para hacer arreglar mi huso; y si vos me prestáis cinco libras (pues yo sé que las tenéis), yo quitaré del prestamista mi aljuba de color oscuro, que empenada la tengo desde el día de mi boda, y, como vos veis, no voy a la iglesia por que no la tengo. Y si esto hacéis, yo, ahora y todavía haré vuestro mandado."

El preste dijo:

"¡Si Dios me dé buen año, no tengo aquí dineros! Pero yo te prometo que antes del sábado haré que tú las hayas."

"Si —dijo ella—, bien sé que todos sois grandes prometedores y después no hacéis nada. ¿Pensáis hacer conmigo como con la Bliuza hicieis, que se hubo de contentar con los tantos y cuantos? ¡A fe de Dios que no haréis! Que por esto sólo ella, ahora, anda mendraria. Por tanto, si vos no tenéis los dineros, idlos a buscar."

Entonces el preste dijo:

"Guarda, Belcolor, no me hagas ir a casa, que mi buena ventura aquí me trajo al mejor tiempo del mundo, ya que ahora no está aquí persona que nos vea. Y por ventura, si voy a casa, desde entonces hallaré algún empacho. Y no sé cuándo otro tal tiempo halle."

La Belcolor dijo:

"Señor, si os place, id luego y andad, y si no, endurad vuestra pena."

El preste, viendo que ella no estaba dispuesta a hacer nada que a él le pluguiese si no era con *salvum me face* (además de que él lo quería hacer *sine custodia*), hubo de decir:

"Si tú no crees que yo te traiga aquellas cinco libras, para que me creas te dejaré en prenda este mi tabardo que llevo, de paño azulenco."

La Belcolor, después de levantar la cara, dijo:

"¿Este tabardo? ¿Y qué puede valer?"

El clérigo dijo:

"¿Cómo qué vale? Quiero que tú sepas que es de paño de 'Duay', y hasta de 'tray', y haylos en este nuestro pueblo, que le tienen, aun, por de 'cuatriay', y aún no hace muchos días que lo compré a un pañero y me costó mis siete libras; y que me lo rebajaron sus cinco sueldos, por lo que me dice Bulleto, que tú sabes que entiende lo suyo, en esto de los paños azulencos."

Con todo esto, la Belcolor dijo:

"Yo no os fiaré, si primero no me lo dais."

Y el señor preste, que tenía bien armada la ballesta, desnudóse el tabardo, y se lo dio. Y ella, después que lo hubo puesto en su arca, le dijo:

"Señor, vayamos a la cabaña, que allí estaremos más seguros, porque jamás allí no viene nadie."

Y después que allí fueron, el preste la comenzó a besar, y se plugo una buena hora con ella; y después, en aljuba, sin el tabardo, y mientras se viniere de servir en alguna boda, regresó a su casa. Por las cuentas que echaba, halló que cuantos provechos recibía en todo el año, a título de ofrenda, no llegaban a las cinco libras. Y parecióle que había hecho una locura, en dejar su tabardo por siete libras, que eran dos libras más que cuanto su beneficio le podía rendir. Y comenzó a imaginar cómo podría él recobrar su tabardo sin dineros; y como era malicioso, tuvo un aviso sutil. Y por que al otro día era fiesta, envió a un muchacho de un vecino suyo a la Belcolor, que le dijese que, porque él tenía convidados, le presentase un mortero de piedra que ella tenía, porque quería hacer algunas salsas; y ella se lo prestó. Y al otro día, a la hora de comer, él miró el tiempo en que Bientevenga y Belcolor comiesen y dijo a aquel mozo:

"Toma este mortero y llévalo a la Belcolor, y dile así: Dice mi señor que grandes mercedes y que veis aquí el mortero, y que os plega mandarme dar el tabardo que os dejó él aquí en prenda por aquí."

El mozo llevó el mortero y halló a la mujer y a su marido comiendo, y dijo como le era mandado. Y Belcolor, oyendo que le pedían el tabardo, quiso responder, más Bientevenga dijo, con mal gesto:

"¿Cómo tomas, tú, prenda por cosa que hayas prestado al señor preste? ¡Voto a San, y al mundo juro, que en voluntad me viene de darte una puñada! Ve y dáselo luego, que mala ventura tú has. Y para mientes que de cosa que él demande no le sea dicho que no, aunque pidiese el asno."

Belcolor, murmurando, dio el tabardo al mozo, y le dijo:

"Tú dirás al señor preste, de mi parte, esto: Belcolor os dice que jamás vos no majaréis salsa en su mortero, según el honor que vos le habéis hecho ahora."

El mozo, vuelto a la casa del preste, le dijo lo que dijera la mujer; y el preste dijo:

"Dile, cuando la veas, que si ella no me prestare su mortero, yo no le prestaré mi majadero, y váyase una cosa por otra."

Pero Bientevenga, que oyó lo que su mujer envió a decir al clérigo, no lo entendió y pensó que lo decía con enojo de lo que él había dicho, y Belcolor, quedando así burlada, estuvo muy sañuda con el clérigo, y le quitó el habla hasta las vendimias, y el clérigo,